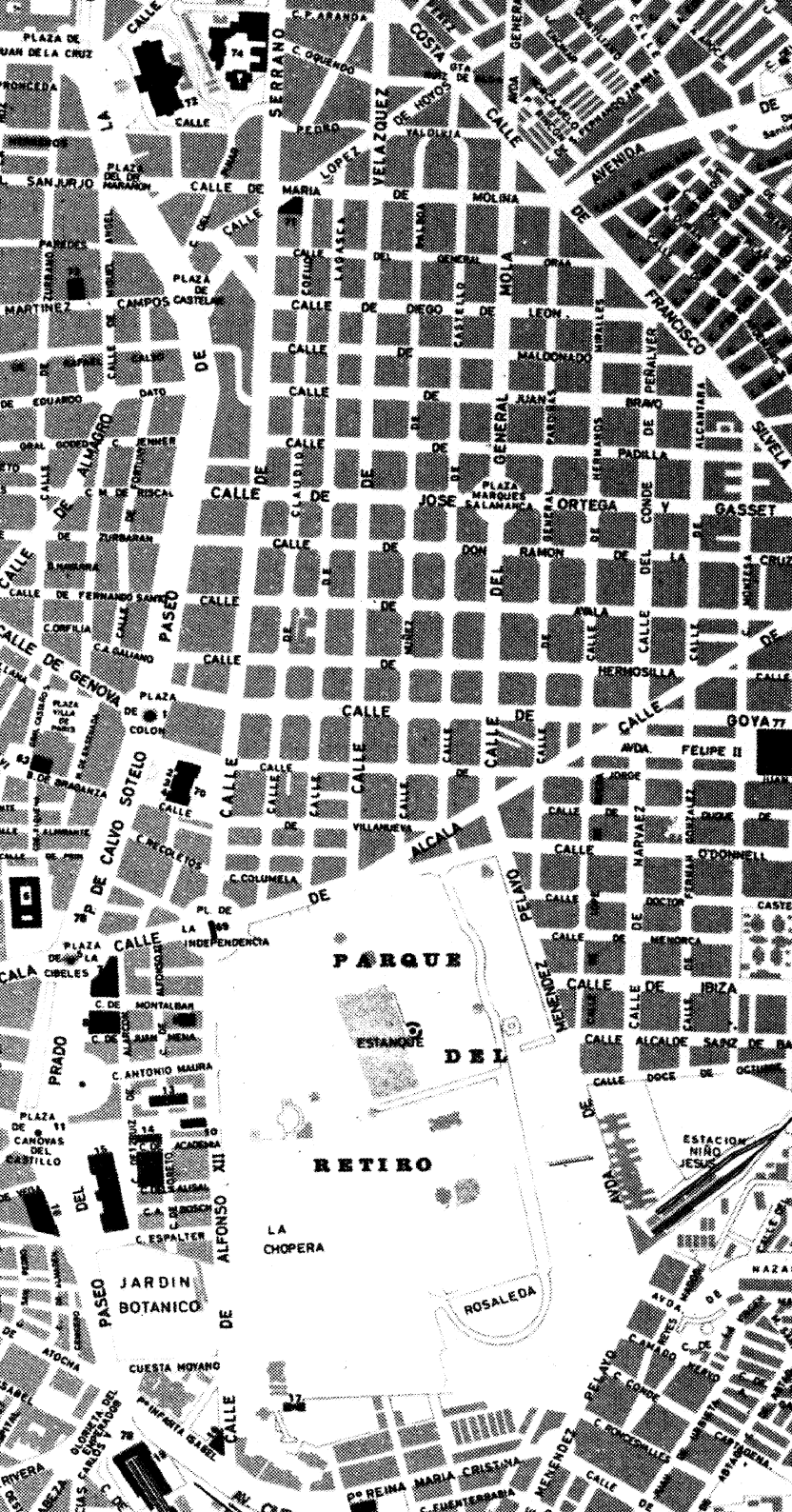

MADRID
CAMPO
DEL
MORO
PALACIO
REAL
PLAZA
MAYOR
PUERTA
DEL SOL
CALLE DE ALBERTO AGUILERA
CALLE DE SAGASTA
AVENIDA DE ESPAÑA
CALLE DE BERMUDEZ
CALLE DE CEA
CALLE DE RIOS
CALLE DE SEGOVIA
CALLE DE FERNANDEZ
CALLE DE VALDES
CALLE DE RODRIGUEZ
CALLE DE MELENDEZ
CALLE DE GONZALO
CALLE DE VIRIATO
CALLE DE GARCIA
CALLE DE JOAQUIN
CALLE DE MELLADO
CALLE DE CORTES
CALLE DE LOS RIOS
CALLE DE ISAAC
CALLE DE CORDOBA
CALLE DE QUEVEDO
CALLE DE CARRANZA
CALLE DE MARQUES DE URQUIJO
CALLE DE FERRAZ
CALLE DE ROSALES
CALLE DE LA PRINCESA
CALLE DE FLORIDA
CALLE DE JOSE ANTONIO
CALLE DE MAYOR
CALLE DE ARENAL
CALLE DE CARRERA
CALLE DE MAGDALENA
CALLE DE SAN BERNARDO
CALLE DE SAN PEDRO
CALLE DE ALCALA
CALLE DE PRECIADOS
CALLE DE FUENCARRAL
CALLE DE HORTALEZA
CALLE DE ARGENSOLA
CALLE DE ALMIRANTE
CALLE DE ALMIRANTE
CALLE DE ALMIRANTE


PARQUE
DEL
RETIRO
ESTANQUE
LA
CHOPERA
ROSALEDA
JARDIN
BOTANICO
PASEO
PRADO
CALLE
ALCALA
GOYA
SERRANO
VELAZQUEZ
CASTELLANA
PASEO
CALVO SOTELO
PLAZA
DE
COLON
PLAZA
DE
CANOVAS
DEL
CASTILLO
PLAZA
DE
CIBELES
PLAZA
DEL DR.
MARAÑON
PLAZA
DE
CASTELAR
PLAZA
MARQUES
SALAMANCA
PLAZA
DE
JOSE
ORTEGA
Y
GASSET
PLAZA
DE
SAN JUAN
DE LA CRUZ
ESTACION
NIÑO
JESUS
CUESTA MOYANO
PRINCESA
ISABEL
PRINCESA
EULALIA
PRINCESA
DE
EBOLI
PRINCESA
PASEO
DE
ATOCHA
PRINCESA
DE
VERGARA
PRINCESA
DE
LA
PAZ
PRINCESA
DE
LA
PAZ
PRINCESA
DE
LA
PAZ

ANTONIO D. OLANO

GUIA SECRETA DE MADRID

Vision Libros

Guia secreta de Madrid
© Antonio D. Olano
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696
url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-532-5
Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Marian González, reflejandoelazul@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,
Local 28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es
www.distribuciondepublicaciones.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

A César González Ruano,
mi maestro.

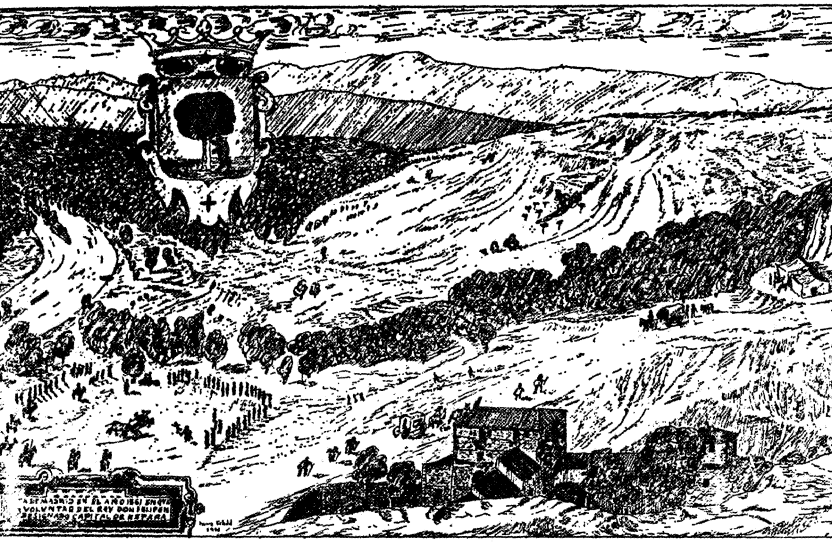
GRATITUDES

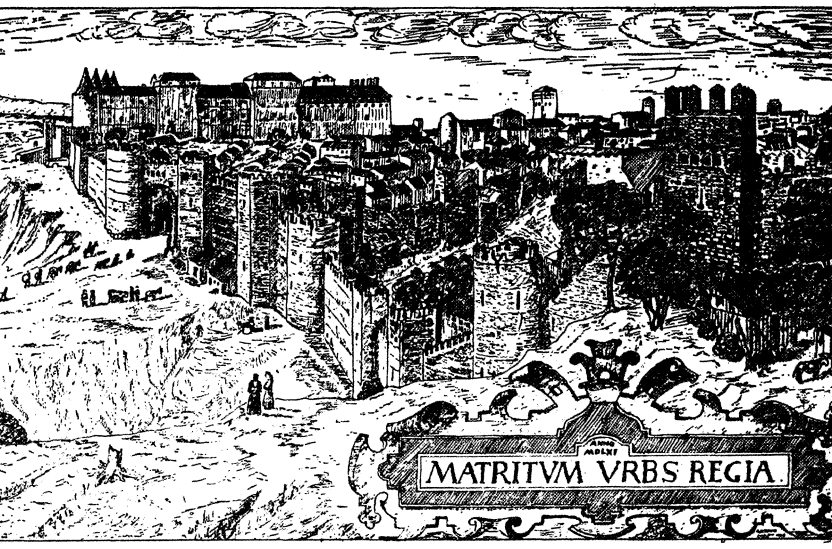


El autor de este libro quiere agradecer públicamente y hacer constar su valiosa y entusiasta colaboración —sin la cual la "Guía Secreta de Madrid" no hubiese llegado a pronto término— a las siguientes personas, anotadas por riguroso orden alfabético de apellidos:

Ana BASELGA
Jesús ESTEVEZ
Rafael FERNANDEZ
Concha GIL DE LA VEGA
Juan HARGUINDEY
Miguel HERRERO
José INFANTE
Alfonso LUQUE
Concha LLORCA
Carlos PASCUAL
Erasmo VALBUENA
Victoriano VALENCIA
Daniel VELAZQUEZ
Oscar WEINBERG

y a la COFRADIA DE LA BUENA MESA, que ha permitido que de sus importantes guías "Madrid gastronómico" adoptásemos nombre y características de restaurantes por ellos recomendados en su ediciones de 1973 y 1974.




MATRITVM VRBS REGIA

De Madrid al cielo y en el cielo
un agujerito para verlo..

BREVE (A LA PAR QUE AMENA) HISTORIA DE MADRID

Madrid, cuando otoñecía el siglo XVIII y era monarca y regía la Villa y Corte —" el mejor Alcalde, el rey"— Carlos III, se puso de un "chauvinismo", vía borbónica, que ríanse del famoso "chauvinismo" francés. (Y ahora ustedes van y se ríen. Gracias.)

¿De dónde salió la ciertamente nada modesta auto-definición con la que encabezamos estas páginas? Porque teniendo en cuenta que para los católicos, apostólicos y romanos, de la muy católica, dudosamente apostólica y, decididamente, nada romana España, el cielo significaba la cumbre, el cénit de una vida, virtuosa o pecaminosa; pero siempre redimida a la hora de matar, con el volapié de las absoluciones tal afirmación podría parecer una herejía.

Lo cierto es que el **de Madrid al cielo** se nos presenta como refrán popular. El "saber popular" es ladronzuelo el tío, como ave de rapiña, cual personaje de nuestra picaresca, y se queda con todo lo que le conviene. Según me decía Eugenio Montes, el pueblo nunca inventó una cul-

tura. Si acaso, popularizándola, sirvió de vehículo a invenciones puramente intelectuales, perfectamente programadas. Mas los intelectuales recogen cosas del pueblo —en García Lorca tenemos un caso diáfano, un verbigracia de tomo y lomo— y la gente llana las transmite, de boca a oído, a través de las generaciones. Hay estudiosos —¡hay gente para todo!— que dicen que expresión tal —"de Madrid al cielo", insistimos— débese a Luis Quiñones de Benavente, que en el **"Baile del invierno y del verano"**, va y dice:

Pues el invierno y verano
en Madrid sólo son buenos,
desde la cuna a Madrid
y desde Madrid al cielo.

Pueden presumir los madrileños (y no se ponga usted triste que, páginas más adelante, le demostraré que madrileño no es sólo una nacencia, sino una vocación) de que, antes de que se iniciase el "boom" turístico que bautizó a la costa del sur de España como "Costa del Sol", los árabes ya le llamaban **pueblo del sol.** Y, si a mí no me dan credibilidad, lean un libro delicioso, **"Sólo Madrid es corte"**, en el que se dice:

La parte del cielo que le toca a Madrid, en lo agradable, en lo sereno, en lo bien acondicionado de sus influxos, puede ser enbidia de quantas poblaciones conocen el sol.

Fue Lope de Vega a Madrid, lo que Edgar Neville a la Costa del Sol en cuanto a pregonero:

Madrid; que no hay ninguna
Villa, en cuanto el sol dora y el mar baña,
más agradable, hermosa y oportuna,
cuya grandeza adorna y acompaña
la Corte de los Césares de España.

le hace decir a "Ricardo" en **"Los mártires de Madrid".** Y, como entonces el ir y el venir, el cachondeillo de los viajes no estaba al alcance de cualquiera, uno se teme que el bueno de Lope quisiera atribuirle no sólo sol, sino mar y otros lirismos, al Madrid de sus amores y de sus aventuras. Y de su muerte, que todo hay que decirlo. (Y vamos y lo decimos, claro.) En **"Los novios de Hornachuelos"** elogia ese cielo de Madrid que, puedo asegurárselo, en épocas de no polución, era el cielo más singular, más original, más límpido, más romántico, del universo mundo. Lope no vivió la época de los atascos, la inflación de coches y de otros productos de la sociedad de consumo. Y es así cómo, de pronto, escribe:

Estése Enrique en Madrid,
que es hermosa población;
y para su enfermedad
eligió el cielo mejor
que tiene villa en España.

Pero el que va más lejos, metiendo en un problema de virilidad a los que no viajan hacia la capitalidad, es fray Tirso de Molina, que se atreve a anatemizar a quienes no conocen al dedillo a la Villa y Corte. **"En Madrid y en una casa",** el bueno de "Don Luis", aconseja:

Veréis despacio Madrid,
que no es hombre quien lo ignora.

Y uno supone que en aquellos tiempos de machotes de pelo en pecho, espada en la cintura y navaja en la liga (perdón: las de navaja en la liga no son los machotes, sino las majas y flamencotas), los seguidores de conseja tal, se pondrían hechos unos locos y, en la primera diligencia que pasase por sus pueblos, y con lo puesto, se dirigirían a Madrid. Para recibir en él la confirmación de alternativa del machismo. Y, después de el

"vade retro" a quien ignore a Madrid, ustedes verán justificación a las "Costas Fleming" de entonces, a los lugares de lenocinio de la canción del recuerdo —¡ay, calle de la Reina!— y a los clubs y cafeterías "de plan" que se extienden por la ciudad.

En el refranero de Vergara nos encontramos con otra afirmación que nos deja patidifusos:

¡Dónde está Madrid, calle del mundo!

Y el mundo, que el pobriño es muy dócil, se calla hecho un santiño. Porque, eso sí, en donde está un madrileño (y sus sucedáneos) es necesario el mayor de los silencios. Es que sólo el madrileño habla, se explica, convierte el diálogo en un monólogo. Y, cuando discute, se carga de razón, según la potencia de su voz. Si Monserrat Caballé fuese madrileña (que no lo es, puesto que la nacha nació en Cataluña), sería por lo menos alcaldesa o tontuna semejante por la potencia de su voz. Y, a propósito de cuernos, si usted es forastero y ha venido aquí por aquello de la virilidad —lo mismo que un torero viene a la "Monumental" por lo otro de la alternativa— no se asuste si escucha cómo se dicen "lindezas" malsonantes dos madrileños. Y si observa que se amenazan. Porque el madrileño, bondadoso nato, difícilmente llega a las manos. "¡Sepárame que lo mato!" "Si eres hombre sal afuera..." (¡Qué manía de hacer un referendum de virilidad en la calle, hombre!) Cuando las amenazas llegan a la cumbre, los dos litigantes se dan la mano y se invitan a un "chiquito". "¡Dame la manita, Pepe Luis!", que dicen Tip y Coll, que, con la difusión de la "tele", van a conseguir crear un nuevo vocabulario madrileño, cual hiciera Carlos Arniches, inventor del casticismo madrileño (aunque tan celebrado autor haya nacido en Alicante). Pero esto no importa, porque, para ser madrileño, solamente hace falta vocación. Tal vez los más "despega-

dos" en Madrid sean los madrileños que se universalizan. Madrid es una madre (¿qué digo una madre?: diez o veinte madres) para el forastero. Calderón de la Barca, que además de ser un pesado no era manco (el manco era Cervantes) ya lo presentía, ya:

Es Madrid patria de todos,
pues en su mundo pequeño
son hijos de igual cariño
naturales y extranjeros.

Juan de la Hoz y Mota, que era un poeta muy abundativo, cumple con su obligación y abunda con Calderón:

Madrid, que patria común
con justa razón se nombra,
todos sus hijos confunde,
en su inmensa Babilonia,
no de un barrio, de una calle,
de una casa las personas
apenas distinguir pueden
la vecindad más curiosa.

Madrid es centralista (mire usted, eso sí que lo es) porque los españoles que no emigran a centroeuropa, lo que aspiran es a alcanzar un "enchufe", un puesto, una bicoca, en Madrid. De ahí que Quiñones Benavente pregunte:

Porque en llamando Madrid,
¿quién no ha de venir bailando?

Y es cierto. Porque ante la llamada capitalina, todos bailamos, como si fuésemos miembros (viriles, se entiende) de "Coros y Danzas de la Sección Femenina". Ya que, merced a los centros regionales, conservamos el amor al terruño, cultivamos como flor de invernadero, la morriña. Y, a la llamada de esa otra flauta de un nuevo Ha-

melim, la gaita, los galaicos nos ponemos a bailar la muñeira. Los aragoneses siguen cultivando la muy racial jota. Y los de Valladolid —¡e incluso los andaluces!— si entran en fiestas se marcan unas sevillanas o unas rumbitas que no se las salta Peret. Como nos gustan mucho las citas —¡menudos somos citando, acudan o no las citas!— vayamos con Ernesto Giménez Caballero, madrileñista de pro, que además de llamar a Madrid **ciudad de papel** (por lo de la burocracia), se refiere a la atracción que tiene la ciudad sobre los foráneos:

Porque el peligro máximo de una capital como Madrid es ése de que se la lleven, de que la arranquen su Yo, como hubiera dicho Unamuno. Unas veces son invasiones de fulanos venidos de fuera. Y otras, de fulanitos aparecidos de dentro.

Al hablar de fulanos venidos de fuera no aludo —como podéis suponer— a los que no siendo madrileños venían regentando tradicionalmente los destinos capitalicios de Madrid en España. Al contrario. Una de las gracias madrileñas por excelencia era esa de su gran acogida al provincial, madrileñizándole todo regionalismo. Por eso me alarmo un poco cuando me dicen haber nada menos que nueve —como las musas— ministros madrileños en el actual Gobierno español...

(Aclaremos, con diligencia, que Giménez Caballero dijo primero, y publicó después, estos escritos por los años cincuenta.)

Y veo fundarse toda una sociedad como ésta, de Estudios Madrileños. Madrileñismo tan intensivo, ¿no llevará el riesgo de catalanizar a Madrid en vez de amadrileñizarlo?

Efectivamente, los foráneos no sólo no nos limitamos a sentar nuestras reales plantas en la

Villa y Corte, sino que la elogiamos en función de nuestro regionalismo, un tanto soterrado cuando tenemos las posaderas en la capital de las Españas. Ramón de la Cruz (comediógrafo que pasó al callejero madrileño con el Don delante), en el sainete **"Las majas vengativas"**, hace unas "seguidillas majas":

La gran calle de Alcalá,
cómo reluce
cuando por ella pasan
los andaluces.

Se veía venir —¡cuidado que nos lo advirtieron!— la metamorfosis de Madrid en disparate urbanístico. En 1644 (¡que ya es remontarnos en la Historia!) don García de Salcedo Coronel advertía:

Cada día se van edificando nuevas casas, y las que antes eran las últimas, hoy están en medio de la Villa.

Y don Luis de Góngora lo presentía y lo dice en un soneto al que pertenecen los versos que siguen:

Nilo no sufre márgenes, ni muros
Madrid.

Hasta los más jóvenes del lugar recuerdan que jugaban al fútbol en el solar en el que hoy se alzan edificaciones de un barrio populoso. En una de mis visitas a Pío Baroja (un vasco madrileñizado) sacó a relucir el tema de Benito Pérez Galdós, personaje que no le era grato (hay que advertir que al autor de "La busca" no le eran gratos la mayor parte de los escritores). Me dijo:

Galdós era un tipo muy raro. Figúrese usted, Olano, que en uno de sus "Episodios nacionales" habla de un pueblo vasco en el que, me

consta, no estuvo jamás... Y en una ocasión me invitó a dar un paseo. Fuimos hasta el Palacio Real. Quiso que siguiésemos andando. Y, de pronto, sin advertirme de sus intenciones de llevarme al campo, me dijo: "El campo, Baroja, el campo. Ahí está el campo." ¡Y estas cosas no se hacen a un amigo! ¿No cree que no se deben hacer, Olano?

Efectivamente. Lo de llevarlo al campo no se le hace ni a un enemigo. Aunque, si nos fijamos atentamente en los anuncios de urbanizadoras, los madrileños empiezan a descubrir el campo. Se ponen felices como liebres burlando a galgos y podencos, en cuanto adquieren una parcela en las afueras. Las afueras de Madrid ya están a cincuenta, a cien y hasta a doscientos kilómetros de la capital. Se llama "mar de Madrid" a una zona pantanosa a la que se llega con dificultad. El habitante de Madrid, ávido de estropearse los polucionados pulmones con oxígeno de buenísima calidad, firman letras, se arruinan y arruinan a los herederos, con tal de ser dueños de "la segunda casa" en la que, naturalmente, hace un calor o un frío espantoso —según las estaciones—, no llega el agua, falta el fluido eléctrico y "los árboles" que prometen los promotores, son ridículas varas, ni siquiera verdes, porque allí no pueden adquirir la clorifila por mor de la falta de riego.

Los defectos de Madrid, y de los madrileños (reales o añadidos) han sido congénitos. Su macrocefalismo es genuino, como el anuncio de la cosa esa de sociedad de consumo. La manía del "shopping" se remonta a tiempos del ya citado —¡y lo que lo citaremos, morenas!— Fénix de los Ingenios (Lope de Vega. Aclaración para incultos, claro). En **"La Nueva victoria de Don Gonzalo de Córdoba"**, hace dialogar a dos personajes de esta guisa:

GONZALO:
Ahora bien, ¿qué hay en Madrid?

BERNABÉ:
Lo de siempre.

GONZALO:
¿Cosas nuevas?

BERNABÉ:
Tres mil tiendas añadidas,
que todo se ha vuelto tiendas.

Y en **"Amar sin saber a quién"**, presagia el gran presagiador que era Lope, un "boom" de los restaurantes, entonces sin estrellas ni tenedores:

Parece Madrid
las hosterías de Italia,
que come puesto a la mesa
lo mejor quien mejor paga.

"En Madrid y en una cosa", Tirso de Molina también da cuenta de la "tiendomanía":

DOÑA MANUELA:
Madrid es tienda
de toda mercaduría.

DON JUAN:
Como es plaza universal.

La convivencia de Madrid y los madrileños, también cuenta con los escépticos importantes. Así, el poeta extremeño Gabriel y Galán —el que se puso tan pesado por aquello del embargo— no destila precisamente optimismo cuando se refiere a los habitantes de Madrid que, a la hora de escribir estas cuartillas, va hacia los cuatro millones:

Saben vivir unidos
amándose muy poco.

Porque Madrid, no crean ustedes que todo es "chauvinismo", es vituperado rabaleramente, como lo fueron pocas ciudadas. ¡Anchas son las espaldas de Madrid! Yo divido a esa España, a la que tanto quiero y tanto me quiere, en dos partes: Madrid... y lo demás. Trataré de explicarme, si es que las iras de los no madrileños que me leen me lo permiten. Porque yo estoy aquí, ante el teclado de la máquina, desarrollando esta partitura madrileña, para informar. Y, si se puede, para divertir. Pondré verbigracias sin citas, ciudades ni pueblos, para que los enfados no sean mayores. Si el cronista critica, para que se mejore lo presente, la calle de cualquier población provinciana, la reacción inmediata es que el Municipio se intente querellar contra el que tal afirma. Y que el indígena de región o pueblo tal, cuando nos es presentado, nos diga: "Ya, usted odia a mi ciudad, ya lo sé...". El alcalde de Madrid, si el cronista protesta de una cosa que cree mal hecha, reacciona enviándole un atento saludo, agradeciéndole que ponga el dedo en la llaga y prometiendo —que cumpla o no es otra cuestión— que esa calle mal asfaltada será arreglada tras el próximo pleno municipal.

Madrid no es tan susceptible. Madrid es la única ciudad de España que, como niño bueno, acepta la reprimenda. Y, además, nos da un beso en la mejilla. De ahí que sean los propios madrileños los que se rían de la mofa, vituperio o befa, a la propia ciudad. Por ejemplo, Rodríguez Marín —que tenía aquí su residencia— aconsejaba no permanecer **por los peligros que hay en ella (Madrid) para la salud y para la bolsa.**

Se dice en brillantes versos:

De Madrid al cielo,
porque es notorio
que va al cielo quien sale
del purgatorio.

A Madrid se la canta comparativamente. Y, como unidad de medida, se toma, en Guadalajara, otras ciudades:

Tres Cádiz tiene Sevilla,
y tres Sevillas, Madrid,
y tres Madrid, Barcelona;
tres Barcelonas, París.

Como ustedes deducirán, a poco que sepan de topografías, población y mucho etcéteras, los versos en cuestión son una tontuna, porque las comparaciones se caen por su propio peso. ¡Pero cuántas verdades se han sacrificado en holocausto de una buena o pésima rima!

De vez en cuando se enfrentan Madrid y las provincias y cada una presume de lo que no tiene la otra. En una especie de "habanera" algún chusco madrileño fue y dijo:

Tres cosas tiene Madrid
que nos las tiene Granada:
la calle y puerta de Atocha
y Plaza de la Cebada.

Y, le estuvo bien empleado al portavoz madrileño por meterse en caballerías, cuando le responden:

Tres cosas hay en Granada
que no las hay en Madrid:
la campana de la Vela,
la Alhambra y el Zacatín.

La polémica llega a internacionalizarse y, no sé, no sé, si hasta a discutirse en organismos internacionales, porque en los "Archivos del folklore cubano", se encuentran unos "Cantares cubanos", de Carolina Poncet, en los que Madrid y La Habana "se dicen" estas lindezas:



Una vista general de Madrid en un grabado antiguo.

Tres cosas tiene Madrid
que no las tiene La Habana:
el Palacio y el Retiro,
la Plaza de la Cebada.

Y he aquí la respuesta:

Tres cosas tiene La Habana
que no las tiene Madrid:
son el Morro, la Cabaña
y ver los barcos salir.

Y, como tener, tenían razón los cubanos. Porque en Madrid, como no se vean partir las barcas del Retiro o de la Casa de Campo, no se va más allá en el zarpaje de embarcaciones. Por otra parte: ¡hay que ver lo pesados que se pusieron los madrileños con el hoy destruido mercado de la Cebada, que, es fama, había sido diseñado por el mismísimo Eiffel. (Eiffel, el de la parisina torre de ídem.)

Los gatos... es el nombre que, unas veces como elogio y otras peyorativamente, reciben los madrileños. Vamos a buscar la explicación en un erudito: Eugenio de Olavarría y Huarte, que lo dice en **"El folklore de Madrid"**, de una manera muy gráfica:

Los habitantes de Madrid son llamados gatos *por sus detractores; ellos se hacen un título de honor de este dicterio, y tienen para explicarlo una curiosa tradición: En el reinado de Alfon-*

so VI, en una de las muchas conquistas de este Rey, una vez que deseaba rendir una importante fortaleza, acudió a ella con cuanta gente pudo allegar, y sólo los madrileños faltaban, retrasados por imprevista circunstancia que la conseja no se para a referir. El Rey estaba furioso por la tardanza, y ya era cerca de la noche víspera del asalto cuando los madrileños se presentaron a engrosar su ejército. Acercóse al Monarca el que los mandaba y le pidió alojamiento para los suyos en el campo; pero el Rey, que estaba de muy mal humor, le dijo que ya no tenía alojamiento para él, y señalando al castillo de la fortaleza que iban a atacar pocas horas después, le respondió:

—Allí hay alojamiento para los que tan tarde se presentan en el campo.

Saludóle muy cortésmente el jefe de los soldados madrileños, que comprendió la indirecta, y yéndose para los suyos les contó lo que el Rey había dicho, añadiendo en su arenga que era preciso procurarse alojamiento aquella noche y buscarlo en la fortaleza enemiga; después de lo cual se fue muy decidido a ella, seguido de los suyos, que, llegados al foso, empezaron el asalto, sumamente difícil por estar la fortaleza cortada a pico; pero tal maña se dieron y tal coraje tenían, que trepaban por los muros agarrándose a las más leves desigualdades de la piedra. El Rey, que acudió a presenciar el ataque, muy gozoso de lo que pasaba, estaba mirando a sus leales madrileños cómo subían por las escalas con gran arrojo y no pequeña mortandad, y volviéndose a uno que le acompañaba le decía:

—¡Miradlos, miradlos cómo suben! ¡Parecen gatos!

Envió refuerzos a poco, y la fortaleza se tomó en seguida, y aquella noche se alojaron ya en ella los madrileños, a quienes el Rey dió por buenos, olvidando en seguida su enojo, y

antes por el contrario, muy satisfecho del efecto que había producido.

Desde entonces son llamados gatos *los naturales de Madrid.*

¿Y quiénes son los auténticos, los genuinos madrileños? Ahora, de verdad de la buena, ¡vaya usted a saber!

Gregorio de Salas, un parcialísimo cronista en verso, en el **"Juicio imparcial o definición crítica del carácter de los naturales de los reinos y provincias de España"** (siglo XVIII), deja a los madrileños como no digan dueñas; en décimas estas:

Madrileños: presumidos.
Aun las personas más sanas,
si son en Madrid nacidos,
tienen que hacer sus comidas
de píldoras y tisanas;
diamantes como avellanas,
estirado corbatín,
ricas vueltas y espadín
suelen ser su adorno bello;
mas siempre marcado el cuello
con sellos de Antón Martín.

Se les echa fama de fanfarrones a los madrileños, fama que todavía persiste en otros lugares de España. "¡A mí, que soy de Madrid!", "¡Nos ha jodío mayo...!" Mucho ruido y pocas nueces, si buscamos los resultados del galanteo amorososo de los madrileños entre los **"Treinta mil cantares populares"**, recogidos por E. Vasco:

A Sevilla me he de ir
a buscar un sevillano,
que los mozos de Madrid,
mucha paja y poco grano.

Pero el madrileño tiene fama de desmadrado, de salido, vaya. Por eso Pío Baroja recoge un

cantar popular de su país vasco en **"Familia, infancia y juventud"**:

Las chicas de Cestona
no salen ya a bailar,
porque los madrileños
las quieren abrazar.
¡Ay, ay!, "mutilla",
"chapela", "gorriyá".

Las madrileñas inventaron, sin darse cuenta de ello, la coquetería, el sexi, sin necesidad de asomarse más allá del taller de las modistillas:

Con una buena media
y un buen zapato
hace la madrileña
pecar a un santo.

Vergara, en su **"Diccionario"**, y E. Vasco en la obra suya, ya citada, ofrecen estos ejemplos versificados del "gancho" de las "gatas":

Las mocitas de la Corte
son como las aceitunas:
la que parece más verde,
suele ser la más madura.
"Pa" guapas las madrileñas;
"pa" gracia las andaluzas;
para pie las catalanas;
para firmes las baturras.
Para jardines Valencia;
para mujeres Madrid;
mi suegra para el demonio,
y tus ojos para mí.

Se desconfía, se recela de los madrileños, gentes que tienen fama —entre sus detractores, naturalmente— de buenas palabras y pocas realidades. "No se le conoce una mala palabra ni una buena acción", se decía de cierto personaje madrileño.

El refranero, más gráfico, advierte de pronto: **Palabra de cortesano y pedo de fraile, se lo lleva el aire.**

Posiblemente esa fama de los madrileños la hayan conquistado ellos a pulso. Porque, gentes extrovertidas, abiertas al que llega, no dan a basto a cumplir tantas promesas, bien intencionadas, como hacen en momentos de euforia. De todas maneras, los madrileños son más asequibles al forastero que al propio nativo. Tirso, en la **"Villana de Vallecas"**, lo advierte ya:

A extranjeros trata bien
si mal a sus naturales.

Y el fray en cuestión, como pretende moralizar, se despacha a gusto en un **Cigarral:**

Madrid, madre de todos, como su nombre significa, mar pacífico para espíritus virtuosos y sosegados, si tempestuoso para inquietos y viciosos, cabeza en lo secular del mundo, si en lo espiritual Roma, y en fin, tan superior a todas las demás poblaciones registradas del sol, que si el fuego como rey de los elementos tiene su esfera sobre los demás, Madrid, edificada sobre el de sus pedernales, postrándose a sus pies, puede honrarse con el blasón del primer cielo.

Baltasar Gracián abunda en opiniones tales y también nos pone centinelas alerta de la invasión del vicio:

Así como a la Corte acuden todas las perfecciones del mundo, mucho más todos los vicios, pues los que vienen a ella nunca traen lo bueno, sino lo malo de sus patrias.

En Madrid, créeme, lector —y perdón por el tuteo—, no serás un extraño.

¿Pueden encontrarse, científicamente, los orígenes de los madrileños? Sería prolijo entrar seriamente en la cuestión, puesto que está vista y demostrada la mezcolanza de gentes que forman el pueblo madrileño. Castillo de Lucas trata de buscar los orígenes. Y el hombre los encuentra a medias:

Según la clasificación de Kraeschmer, los hijos de Madrid pertenecen a un tipo mixto de España, ya que no tienen la altura de los asténicos, con su seriedad y rapidez esquizootímica de las razas del Norte, ni el tipo picnoide, rechoncho, acomodaticio y ciclotímico, más meridional; así resulta un tipo más bien menudo, pero esbelto (algo de lo que es el gato entre los felinos), ágil en el pensar, gracioso de movimientos y de corazón sensible.

Tienen los madrileños nombres "para dar y tomar", que es frase muy castiza. Si a una madrileña le llaman ballena, la buena mujer, con mucha razón ,le "larga" un bofetón al individuo que así la califica. Cuídese antes de saber si va con buenas intenciones y se trata de un erudito. Y es que, antiguamente, a los madrileños se les llamaba **ballenatos.** Al parecer, los madrileños solían alancear ballenas. En la **"Vida de Marcos de Obregón",** nos encontramos con este pasaje, comentado por Samuel Gili Gaya, así:

BALLENAS: albardas. Alude a una anécdota que también recogieron Cervantes, Lope y Tirso. En cierta ocasión corrió por Madrid la voz de que por el Manzanares bajaba una ballena. Acudió mucha gente armada con intención de matarla, pero resultó que tal ballena era una albarda. Desde entonces se llamó ballenatos *a los madrileños.*

Siete Colinas..., como Roma y Lisboa, tiene Madrid: las Vistillas; Santo Domingo; el terreno

del Barquillo o Cerro de las Salesas; la montaña del Príncipe Pío; el Alcázar; el Rastro y San Sebastián. Camilo José Cela, madrileño de Iria Flavia, mallorquín de Madrid, llama a Madrid **el pueblo menos solemne de nuestra geografía: Madrid, la villa de las siete estrellas —una por cada sabio moro que miraba el cielo desde su atalaya...".** Y, no conforme con sus definiciones, recorre las que Madrid ha recibido en varios períodos de su historia:

> *... la cabeza del sol, de los árabes; el ombligo de España, de Lope, o su yema, del clérigo Jerónimo de la Quintana; la ciudad madre de todos, de Tirso de Molina; el príncipe novelero, de Hurtado de Mendoza; la capital de dos mundos, de los Reyes Felipes; el castillo famoso, de Nicolás Fernández Moratín; la señora de cien provincias, del otro Quintana, de don Manuel José; la princesse des Espagnes, del dulce Alfredo de Musset, etc.*

¿Cuántas definiciones mereció el "caliente Madrid" de César González Ruano? Ramón Gómez de la Serna —simplemente Ramón— fue un degustador del Magerit en que le tocó vivir:

> *Madrid es la improvisación y la tenacidad; el ser turista del propio sitio en que nacimos y el ser al mismo tiempo su viejo vecino; es estar en una cola o pasear viendo a los que la forman y saber que están disfrutando la espera del ómnibus o de lo que sea; es ir en la plataforma de un tranvía* (¡manes de los viejos tranvías desaparecidos, a los que se refiere Ramón en este escrito!) *y que al mirar a un señor raro éste no se ofenda por la mirada fija, sino que canturree: "¡Caballero de Gracia me llaman!"; es el que llegue pescado por los cuatro costados, pescado de los dieciocho mares que rodean a España y todo el mundo tenga derecho a este conejo del mar que es el besugo*

y desdeñe las ostras como algo cursi hijo del rococó franchute; es que un americano que habla español se sienta sobrino de Lope de Vega; es que su santo, San Isidro, sea un santo de posada, no un santo de catacumba; es que al ir por el Paseo del Prado sintamos que vamos por los paisajes de los cuadros del Museo, y al ir por el Retiro creamos que nos paseamos por las selvas de América, etc.

Premonitor Ramón, de lo que iba a ser una invasión de Bancos —no de los de sentarse, que por desgracia no abundan— llama a Madrid...

... *esparcido en Bancos* —llama así a todos los edificios de esquina—, *no tiene su calle o su barrio bancario, sino que parece pretender tener un Banco o una casa de seguros en cada calle. Su pobreza* —¿pobreza?— *es rica en Bancos, en aseguraciones vitalicias, y va depositando ilusiones en las cajas de caudales que le salen al paso.*

Antonio Mingote, otro madrileño de Sitges (Barcelona) y con clarísima ascendencia aragonesa, hizo la "Historia de Madrid" en libro, por él ilustrado y en comedia musical ("El oso y el madrileño"). La comienza refiriéndose a la invasión provinciana que ha hecho Madrid y que en Madrid se ha hecho:

"Los madrileños más antiguos eran carpetanos. No como los de ahora, que son andaluces, catalanes, gallegos, aragoneses, etc."

Orígenes de Madrid.—Las páginas que han de preceder a las que están leyendo forman parte de un todo que es una "guía secreta". Si no fuese porque, desgraciadamente, reina un gran desinterés por las cosas, e incluso por las personas que nos rodean, tendríamos que prescindir, por lo menos bajo la nominación "secreta", de gran parte de las cosas, casas y casos que conforman y dan

personalidad a Madrid. Pero resulta que, si usted es sincero consigo mismo, reconocerá que deja la visita del "Museo del Prado" para más adelante porque, al fin y al cabo, puede acudir en él cuando le venga en gana, "que para eso es nuestro y lo tenemos en Madrid". ¿Cuántos madrileños, turistas en el extranjero, dejaron los bofes para recorrer, sala a sala, "Louvre" o "L'ermitage", de París y Leningrado, respectivamente, con objeto de no perderse ni un centímetro cuadrado de tela pintada? Sin embargo, no les pregunte usted por el "Museo del Prado", que es, desde siempre, cosa para los turistas. O, desde un tiempo a esta parte, para niños de colegios, universitarios y militares sin graduación, que siguen cursos culturales.

Del mismo modo y mala manera, voy y me temo que para muchos de mis lectores sea un secreto, secretísimo, el origen y la historia de Madrid, No, no teman, que no les suelto el "rollo". Lo que sucede es que, para adentrarse en los secretos de un lugar, hay que conocer el sitio primeramente. Y ¿está usted seguro de que es conocedor de Madrid, de su historia, de sus orígenes? Consternado por la duda, apesadumbrado por mi falta de fe en el interés del prójimo, me dispongo a escribir y transcribir las líneas que siguen. Atención, pues. ¡Mucha atención y ojo al parche! Porque, señoras, señores, señoritas y señoritos, lo que les vamos a relatar es la historia de una ciudad que es capital de España porque un hijo rebelde —¿qué hijo no siente la rebeldía ante los consejos de sus progenitores?— no escuchó los consejos —¿sabios?— de su padre. Lo que sucede es que el padre era Carlos V. Y el hijo, Felipe II. ¿Cuáles fueron tales consejos? Léanlos, no sean tímidos:

Si quieres conservar tus dominios, deja la Corte en Toledo; si deseas aumentarlos, llévatela a Lisboa; si no te importa perderlos, pónla en Madrid.

En primer lugar, ¿por qué recibe Madrid el nombre de Madrid? Menéndez Pidal publica, en 1945, un trabajo titulado **"La etimología de Madrid y la antigua Carpetania"**, en el que "encuentra" un primitivo nombre, celta: **Mageterito.** Proviene, como usted, que es un buen filólogo, bien sabe, del adjetivo **mago, mageto,** que tiene como significación **grande.** Si esto usted lo une al sustantivo **ritu,** acierta, porque tal sustantivo equivale a **vado, puente.** Pero como los eruditos y las putas jamás están de acuerdo, Gómez Moreno "lidia" el origen del nombre de Madrid en la misma publicación que Menéndez Pidal (**"Revista de la Biblioteca, archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid"**) y, en 1946, explica que el nombre de Madrid a lo mejor deriva del púnico **magalia.** ¡O quién sabe si del latino **maxeria,** que significa **choza.** Si en el coctail filológico se le pone un poco de locativo **"it"** (locativo gramatical, no de locazas ni dementes) y "una contracción en **magdrit** que permitiese dos transcripciones, allá en el siglo X: una, que daría **Magerit** o **Maxerit,** y la otra saldría al oído diversamente simplificada en el **Madrit** vulgar.

¿Creen ustedes que no iba a arrimar el ascua a su arabismo el sabio don Jaime Oliver Asín? ¡Pues se equivocan ustedes, majos!

El hombre publica (1959) su libro **"Historia del nombre "Madrid""**. Niega los orígenes celtas, púnicos, romanescos, griegos, del origen de Madrid. Y afirma que Madrid deriva del latino **matrice (matriz)** y que los árabes lo traducen como **Mayrit**, haciendo referencia tal matriz al **agua,** al **conducto del agua,** al **canal matriz.** Oliver Asín sostiene que los árabes conquistaron y fortificaron Madrid, construyendo su muralla en la colina del Alcázar. No lucharon, sino que convivieron en amor y compaña —¿comienza ahí la pluralidad hospitalaria de los madrileños?— con los visigodos, que ocupaban el Vallejo de San Pedro, que es la actual parte alta de la calle de Segovia. So-

lamente había una diferencia entre árabes y visigodos: la nominación de la ciudad. Para unos, los visigodos, servía el nombre latino y le llamaban **Matrich,** o sea Matriy. Los otros habitantes lo traducían a su idioma, el árabe —¡no lo iban a traducir al sueco, digo yo!— y le llamaban **mayrá ("Arroyo o canal madriz").**

Sigan, si tienen ya fuerzas, dentro de este laberinto lingüístico a Oliver Asín, que añade:

> *Ahora bien, ninguno de los dos elementos de población mantienen entonces* Matrice *y* Mayrá *en su estado primitivo, pues lo mismo los mozárabes que los árabes terminan por aplicar a uno y otro sobrenombre, respectivamente, el sufijo* -it, *que tanto por la comarca madrileña en particular, como por toda la España musulmana en general, servía como sufijo indicativo de entidades de población, con lo que se formaban, por tanto, infinitos nombres de lugar. Y así, de esta manera, los mozárabes convierten entonces* Matrice *o* Matriy *en* Matr-it, *mientras los árabes convierten* Mayrá *en* Mayr-it.

Y del toponimo árabe surgen las derivaciones que a ustedes les serán más familiares. ¿A que sí?: **Magerit, Magerid, Moierit, Haierid, Magerito, Mageritum, Magerido** y **Macherito.** Y del toponimo mozárabe nos encontramos con las siguientes derivaciones: **Matrit, Madrit** y **Madrid.**

Como ustedes pueden comprobar (y ahora van y lo comprueban), Madrid fue más bautizada que Pablo Picasso, que recibió siete nombres (no los ocho que bellamente canta Rafael Alberti) en la pila del bautismo. Sampiro, prelado de Astorga, echa su cuarto a erudiciones y afirma —a comienzos del siglo XI nada menos— que **Magerit** recibió ese nombre del monarca árabe que la fundó: Muhammad ibn Abd al-Rahman (Mohamed I), entre los años 852 y 866. Alfonso VIII

en su "Fuero de Madrid" (1202) repite treinta y seis veces el nombre de Madrid tal y como ahora lo escribimos: **Madrid.**

En tiempo del madrileño Rey Carlos I, Juan Hurtado de Mendoza —que a ustedes les suena a calle fronteriza con "la costa Fleming" y que era señor de Fresno de Torote —¡casi "ná"!—, escribió esta cuarteta de un soneto más bien siniestro:

Antiguos griegos, Mantua te pusieron,
y los romanos, que después fundaron,
Urasia y Mayoritum te llamaron,
de aquí Madrid y Ursaria te dixeron.

Tal vez ustedes sepan que Juan López de Hoyos (¡también con nombre de calle, que ya es casualidad!), dómine del "Estudio de la Villa", y en consecuencia preceptor de Miguel de Cervantes, dejó escrito de Madrid:

Llámase este pueblo Madrid, y, dejando patrañas aparte, ese nombre es arábigo, y que quiere decir en nuestro castellano, lugar ventoso de ayres subtiles y saludables, de cielo claro, y sitio y comarca fértiles.

Gabriel Lobo Lasso de la Vega: Madrid tiene la significación árabe de **horcajo** u **orcayo** por los tres caminos que tenía, que eran la Puerta de Guadalajara, la Puerta de la Vega y la Puerta de Moros. En 1791, Juan Antonio Pellicer escribe **"Discurso sobre varias antigüedades de Madrid"**, y asevera que "si alguna etimología puede admitirse como más verosímil es la de Casiri" (arabista al servicio de Carlos III en la biblioteca de El Escorial) cuando afirma que **magerit** es voz africana que significa **venas, conductos, corrientes de agua,** que es lo que así entendieron los antiguos vecinos de esta Villa, como lo acredita el dicho vulgar:

"Madrid la osaria,
cercada de fuego,
fundada sobre agua."

LAS CALIFICACIONES QUE RECIBIO MADRID... forman ya parte de su historia y el desvelarlas tengo para mí que, aunque sea recurriendo a erudición ajena, es tarea que bien cabe en una "guía secreta". Pese a que los secretos, desde el momento en que se hacen públicos, dejan ya de serlo. Vamos a explicarles algunas de las calificaciones de Madrid, para su solaz y regodeo. (Si ustedes no son amantes de estas historias y desean ir "al grano", pueden pasar a velocidad de vértigo las hojas al libro sujetas, que juguetes del lector son, y buscar, ¡pillines!, cosas que el autor explica como propias de "pecadores" y en las que en modo alguno —¡cínico!— les aconseja caer. Amén.)

CAPITAL DE DOS MUNDOS llamábanle a Madrid los Felipes (austríacos ellos). Y éralo en realidad, mozos, porque entonces el viejo y el nuevo mundo eran dominados por los hispánicos.

MADRID, CASTILLO FAMOSO, es el bautizo que la Villa y Corte debe a Nicolás Fernández de Moratín, ya que lo escribió en sus quintillas de "La fiesta de toros en Madrid". Fue, efectivamente, castillo famoso de los árabes, que los pobres pretendían defenderse de los ataques cristianos. Más tarde esa fortaleza fue aprovechada por los Reyes cristianos. Hasta que un incendio (1734) les estropeó el pasodoble. Pero Madrid, como Roma, siempre sale ganando en los incendios. Porque sobre aquellas ruinas surgió ese Ave Fénix que es el Palacio Real madrileño, del que les hablaremos —no se preocupen— y del que les anticipamos que fue construido por el arquitecto italiano Sacchetti, con un estilo neoclásico renacentista que tira de espaldas de pura belleza. Así se puso de contento el chiquillo —Carlos III, cla-

ro— cuando le dijeron que iba a ser el primer habitante de residencia tal.

LA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA. Así fue bautizada cuando los madrileños vieron, en la famosa obra de Jacinto Benavente, un reflejo de un Madrid que, sí, señor, fue siempre confiado y trató en todo tiempo de ser alegre. Benavente escribió esta comedia como continuación de **"Los intereses creados"**, sin duda alguna su obra cumbre junto a **"La Malquerida"**.

MADRE DE TODOS. Ya les hemos repetido hasta la saciedad que es una nominación que le puso Tirso de Molina, que para esas cosas se las pintaba solo.

LA VILLA DE LAS SIETE ESTRELLAS. Se debe tal nominación al escudo de Madrid. Dicen los que de estas cosas saben un huevo, que las siete estrellas están en el escudo como recuerdo a las Escuelas de Astronomía que hubo en la ciudad en tiempo de moros. Cuentan que algunos estudiosos identifican las siete estrellas con las siete colinas. Porque Madrid, ya lo hemos dicho, es **LA VILLA DE LAS SIETE COLINAS;** cosa que nos identifica no sólo un huevo, sino la yema del otro, con Lisboa, antigua, señorial y hoy socialista, y con esa Roma a la que solemos ir "por todo" y de la que solemos salir "sin nada".

LA CORONADA VILLA es un nombre que se ganó por jugar a la aristocracia, a lo **blú** (escríbase **azul**) cuando Carlos I decidió darle el título de **Villa Imperial y Coronada,** con lo que el escudo de armas madrileño pudo adornarse con una corona real. De igual manera que un conde puede hacer bordar la coronita en cada una de sus camisas de seda, que, como conde que se precie, manda hacerse a medida en **"Bel"**, de Barcelona.

Llamósele también **LA CIUDAD DEL POLVO Y DE LA MUERTE.** (No, no es del polvo que

están pensando, ¡guarros!, sino por la falta de limpieza en las calles de Madrid.) **Y LA CORTE DE LOS MILAGROS,** que lo sigue siendo a juzgar por los que aquí viven "del cuento". **Y MAR Y GOLFO DE ESPAÑA,** nominación que se justifica en unos versos de la época en que (1606) la Corte se tralada de Valladolid a Madrid:

En Madrid está la Corte,
la Corte de las Españas,
que Valladolid la vieja
cayó del Rey en desgracia.
Por eso, en la antigua villa
cesó la paz y la calma,
que, cual a panal sabroso,
acuden con prisa extraña
pretendientes y soldados,
dueñas, busconas, garnachas,
mercaderes, barateros,
galanes, rufianes, damas,
titulares y mendigos
y, en fin, por ahorrar palabras,
la flor de cuanto bueno
y de malo encierra España.

Sáinz de Robles recoge el nombre de LA VILLA, CARA Y GRACIA DE DIOS. Y se le llama MADRID, VILLA GENTIL Y TORRES MIL. LA VILLA DEL OSO Y EL MADROÑO es nominación que debe a su escudo. YEMA DE ESPAÑA. PUEBLO DEL SOL. PUEBLO DE LOS GATOS. Y muchos nombres más que, lo estoy viendo, ustedes van a notar que se me han escapado.

HISTORIA DE MADRID PARA LECTORES CON CIERTAS PRISAS: ... es la que a continuación —¡al fin!— les vamos a sintetizar.

MOHAMED I (ya hemos quedado en ello) fue el fundador de Madrid, de **Medina Machrit** para ser más exactos. Ocurrió entre los años de muchí-

sima gracia (852 y 866). En una de las "jorobas" de Madrid se levantó el Alcázar. Y fue construyéndose una muralla que los madrileños de sucesivas generaciones se encargaron de ir ocultando y destruyendo.

LA CONQUISTA de Madrid por los cristianos tuvo varias intentonas. La primera es la de don Ramiro II (931) y de don Fernando I (1407). Es en 1083 o en 1085 —¡se duda por un quítame alla dos años!— cuando Alfonso VI conquista Madrid de manera "fetén". Sí, aquel Rev del que las crónicas dicen, era "varón crecido, recio o fuerte de corazón, que falló gracia ante el Sennor del cielo et de la tierra". Parece ser que lo que le llevó a la conquista fue la importancia estratégica de Madrid, que con énfasis describe así un historiador reciente: "El bravo y nobilísimo don Alfonso, buscando más vastos horizontes al aliento de su pecho gigante, abarca de una mirada desde las alturas de Somosierra las deliciosas riberas del Manazanares, contempla el murado recinto de Medina Machrit, vigilante centinela de la adormecida Totalitola (Toledo), y cual torrente devastador se derrumba, a la cabeza de sus huestes leonesas y castellanas, sobre los rectos del Califato de Córdoba, haciendo suya la Villa, que jamás habían de recobrar los hijos del desierto."

El triunfalismo del cronista, aparte de su ampulosidad, resulta exultante. ¡Quién sabe si "los hijos del desierto", además de reclamar el Sahara, Ceuta, Melilla —y cuentan que Córdoba y Granada— un día exigirán, en la sede de las Naciones Unidas, la "descolonización" de Madrid!

Después de la conquista, tan macha ella, por parte de Alfonso VI, los mudéjares fueron obligados a vivir en la Morería, en la que, aunque ustedes no lo crean, todavía no estaba el famoso "Corral" de la ídem.

Somos un país providencialista y milagrero. Existía una imagen de Santa María que quedó emparedada en tierra infiel. Y el 9 de noviembre

del año de la conquista (¿1083? ¿1085?) se rompió un nicho, en la Puerta de Alvega, y apareció intacta la milagrosa imagen. Y es Lope de Vega, un gran "peón de brega" en este libro secretero de Madrid, el que nos explica el prodigio:

Madrid, por tradición de sus mayores,
busca su imagen con devota pena,
donde los africanos vencedores
tenían de su trigo la Almudena.

El muro produciendo varias flores
por los resquicios de la tierra amena,
con letras de colores parecía
que les mostraba el nombre de María.

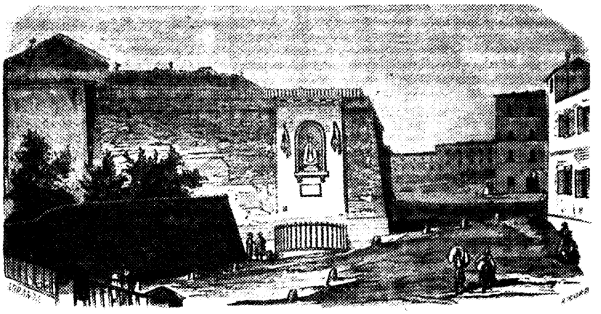
En larga procesión, en dulce canto,
coronadas de flores las doncellas,
le dan el parabién, parabién tanto,
sembrando lirios y azucenas bellas;

las luces de la Villa y templo santo
compiten con las fúlgidas estrellas,
que amaneciendo el alba de María
la oscura noche se convierte en día.

A las voces y músicas dispares
con que su antiguo sol Madrid traslada,
atónito el anciano Manzanares
alzó la frente de ovas coronada.

Y con envidia de profundos mares,
la humilde planta al campo dilatada,
quiso besar el muro y dió en la arena
granos de aljófar y oro a la Almudena."

Se escribió mucho en torno a la imagen que se instaló en la iglesia de Santa María —entre la calle Mayor, a de la Almudena y la del Factor—. Pero no la busquen ustedes, no sean tontos, porque en 1868 fue demolida. ¿No les había dicho



La Virgen de la Almudena apareció en un nicho de la muralla de Madrid.

que la piqueta, la especulación del suelo, son como un "tic" nervioso que les ha entrado a los madrileños desde tiempos inmemoriales? ¡Pues ya queda dicho!

La devoción a la Virgen de la Almudena es la que hace que a San Isidro —más tarde santo patrono de Madrid— le hagan sus trabajos los ángeles, que él chulee —en el mejor sentido de la palabra— a las aladas criaturas. De dar conocimiento de lo sucedido también se encarga Lope de Vega, al que de seguir así yo estoy chuleando tanto como los adaptadores de sus obras que, por haber prescrito los derechos del Fénix, resulta que cobran sus derechos de autor. Dice de San Isidro en el poema **"El isidro":**

Los bueyes, viendo la aurora,
por Isidro preguntaban,
que en aquella edad hablaban
y también hablan ahora;
él en tanto a la Señora
de la Almudena decía,
lo que sin saber sabía,
y para más contemplar
adrede dejaba arar
los ángeles todo el día.

Parece ser que Lope de Vega cae en un error histórico como la copa de un pino. Porque si

bien en el momento en que el prolífico autor escribe el poema, la Virgen de la Almudena era la patrona de Madrid, no lo era cuando a Isidro le ayudaban los ángeles en las tareas del campo.

Sigamos con la Historia:

Es Fernando IV quien, a mediados del siglo XIV, convoca las primeras Cortes que se celebran en la Villa y a las que, desde entonces y hasta nuestros días, tan aficionados son los españoles, como puede deducirse de las ganiñas que les entran a todos de ocupar un escaño en lo que un día se denominó chuscamente, recordando una acaramelada película, como "Sissi", por la tendencia de los procuradores al aplauso y a la conformidad con todo lo que se les proponía.

Don Pedro el Cruel, que al parecer era muy Pedro, pero no tan cruel como le pintan sus enemigos, riñó batalla contra Enrique II para adueñarse de Madrid. ¡Lo consiguió el tío!

Se recibe en la Corte la visita de León V, Rey de Armenia, que quiso dar las gracias a Juan I porque éste le liberó del Sultán de Babilonia. Y, de paso, deseaba hacer turismo, ya que entonces no habían inventado el turismo los norteamericanos. Juan I, muy generoso él y en vista de que su "colega" había perdido sus territorios defendiendo a la fe católica, le concedió el Señorío de Madrid. Y miren ustedes por cuanto, una España proclive a la importación de monarcas y futbolistas extranjeros, se vio gobernada por un armenio.

Cuando estaba a punto de concluir el siglo XIV —¿por qué concluyen los siglos, señor?— Alfonso XI construye la torre mudéjar de San Pedro el Real.

Vuelve Madrid de manos armenias a españolas con Enrique III, proclamado Rey en Madrid. También en Madrid se coronó a Juan II, el Rey poeta, que además de hacer endecasílabos se dedicó al cuidado de Madrid que daba gusto. Siguiendo la tradición paterna, su hijo Enrique IV

es como una madre para la Villa y Corte. (Y también, según las malas lenguas, igual para los amigos íntimos.) Y aquí nació doña Juana, la Beltraneja, que contó con la adhesión madrileña a la hora de defender sus derechos al trono. Madrid, mire usted, es muy fiel a sus gentes.

Los Reyes Católicos eran frecuentes visitantes de Madrid. Y, como los monarcas dejaban sus huellas construyendo iglesias o conventos, ellos mandaron edificar San Jerónimo el Real, en donde se celebran la mayoría de las bodas postineras. Es un síntoma exterior de riqueza y de aristocracia elegir este templo, que tendrá su capituliño aparte, para celebrar bodas, bautizos, primeras comuniones e incluso funerales, mire usted. Doña Isabel y don Fernando —"que el café estaban tomando"— reciben en Madrid a doña Juana, que pasaría a la Historia con el apelativo de "la Loca", que había matrimoniado con don Felipe, históricamente conocido como "el Hermoso". Y



Así era San Jerónimo el Real.



El «Palacio de las Vicetiples»: Teatro de La Latina.

ya se sabe que alrededor de un galán fermoso hay locas para dar y tomar. La capilla real estaba entonces en la iglesia de San Andrés. Después vendrían los conflictos, tras la muerte de don Felipe y el "mitin" que armó doña Juana, siguiendo los restos de un lugar a otro, de la misma manera que el doctor Velasco transportaba de calle en barrio a su hija momificada.

Surge una dama de doña Isabel (la Católica, claro) que se llama Beatriz Galindo y que a ustedes les suena a instituto femenino de segunda enseñanza. Funda un hospital, que lo construye un alarife árabe. El hospital cayó víctima de la piqueta. La tal doña Beatriz Galindo era más conocida por "la Latina" debido a sus sapiencias de humanidades. Hoy el barrio de La Latina, un distrito del Ayuntamiento madrileño, conserva su nombre. Aunque, es lógico, al "isidro" que viene de provincias lo que le suena de verdad es el **"Teatro de La Latina"**, en el que usted puede pecar, por lo menos de pensamiento. Y de obra, si es que al terminar el espectáculo espera a la puerta a la vicetiple, o corista, que desde la pasalera le guiñó un ojo. La vicetiple saldrá acom-

pañada de su mamá —no importa si lo es de verdad o lo representa—, que dará carácter de seriedad a las relaciones, interiores y exteriores, de su hija.

Los Reyes Católicos habitaban, moraban o vivían en las casas de Lasso de la Vega, y allí el Cardenal Cisneros, que era muy numerero, calmó a los levantiscos nobles asomándoles a un balcón y mostrándoles las armas: "¡Estos son mis poderes!", les dijo. Y los dejó apataputados, claro.

EL CLIMA DE MADRID... fue el que nos trajo a la Villa y Corte a Carlos I. En Valladolid se puso, se lo digo a usted, hecho una mierdecita. Y, mire por donde, llegar a Madrid y ponerse sonrosado y sano como una pera recién cogida del árbol todo fue uno. Como prueba de que aquí estaba más feliz que un conejo con zanahorias crudas y abundantes, hizo tontunas, tales como las de traerse prisionero al pobre Francisco I de Francia. Le dió cobijo y prisión en la Torre de los Lujanes. Carlos I, puesto a hacer cosas, fundó el **Convento de nuestra Señora de Atocha,** en el cual había sus más y sus menos. Transformó el Alcázar en Palacio Real. Porque Carlos I proclamó la capitalidad de España en Madrid entre mayo y junio de 1561 y era necesario potenciarla. ¿Cómo? ¡Con la Iglesia hemos topado, lector! Sigue le tradición de los conventos y crea el de los Dominicos de Atocha (1523), el de las monjas Bernardas de Vallecas (1535), el de los Hospitalarios de San Juan de Dios (1542), el de los Agustinos de San Felipe el Real (1547) y el de las Descalzas Reales (1557).

(Hacemos un paréntesis en la "conventomanía" de nuestros Reyes, que se iba a prodigar a partir del muy pío Felipe II, con 17; de Felipe III, con 14; de Felipe IV, con 17.)

FELIPE II tenía las sabias o aviesas intenciones de hacer de El Escorial su Corte. Y tal vez

por ello, mientras se construía el célebre monasterio y él seguía las obras desde su silla de piedra, se residenció en Madrid.

Es en 1563, como usted bien sabe, cuando fija en Madrid la capitalidad. Y crece Madrid en población, pícaros, cortesanos, nobles señores, validos y rameras, conventos e iglesias. Es Madrid la capital del mundo en aquel entonces. Pero...

FELIPE III traslada la Corte a Valladolid. Los madrileños se quedan desolados hasta que, tiempo después, vuelve a traérsela a Madrid. Entre 1601 y 1606 Valladolid fue la Corte de las Españas.

La gente cortesana y el propio Rey echaban de menos el trajín festivo de Madrid. Los poetas protestan. El duque de Lerma lo hace así:

Valladolid, de lágrimas sois valle,
y no quiero deciros quién las llora;
valle de Josaphat, sin que en vos hora
cuanto más día de Juicio se halle.

Pisado de vuestros muros calle a calle
donde el engaño con la Corte mora,
y cortesano sucio os hallo ahora
siendo villano un tiempo de buen talle.

Y es Quevedo el que toma el verso y la ironía:

De Valladolid la rica...
de arrepentidos de verla,
la más soñada del mundo
por romadizos que engendra;
de aquellas riberas calvas
adonde corre el Pisuerga
entre frisones nogales
por éticas alamedas;
de aquellas buenas salidas
que, por salir de él, son buenas,
do a ser búcaros los barros
fuera sin fin la riqueza...

En marzo de 1606 entran los Reyes en Madrid. Y Madrid, que no tiene memoria para las ingratitudes, les recibe muy jubilosamente por cierto. Mientras tanto Felipe III había hecho excursiones a Madrid. Primero (1601) se hospedó en las Descalzas Reales. La segunda vez (1606) en casa de su valido, el duque de Lerma. Y, aprovechando sus nostalgias madrileñas, en el tiempo en que se llevó la Corte a Valladolid, regaló a Madrid los conventos del Noviciado de los Jesuitas y de El Caballero de Gracia.

Madrid había recuperado la Corte y su alegría. Volvían a celebrarse las justas, las fiestas populares, las corridas de toros en la plaza Mayor. El 13 de enero de 1608 fue jurado Príncipe de Asturias, en San Jerónimo el Real, el vallisoletano Felipe IV. El 3 de octubre de 1611 fallece la Reina doña Margarita, de veintisiete años de edad. Felipe II, consternado, no se deja ver más que por las personas de su confianza. Ordena que se apliquen por el alma de su esposa 1.700 misas en Madrid, y 20.000 en el resto de sus reinos, con lo que la salvación eterna de la Reina estaba más que garantizada (vamos, ¡digo yo!). Y los testamentarios, que querían complacer a su monarca, encargaron ¡40.000 misas!

No todo son penas y latines mortuorios en la Villa, porque el 19 de diciembre de 1615 llega a la Corte, entre el entusiasmo de los madrileños —que para entusiasmos siempre se han pintiparado—, doña Isabel de Borbón, hija de Enrique IV de Francia y María de Médicis. Se había casado —¡la habían casado a la criaturita!— a sus tiernos doce añitos de edad con el futuro Felipe IV, de diez tiernos añitos. Parece ser que este infanticidio no se consumó, en matrimonio real, hasta 1620.

Y en "la Corte de los milagros", que también así se nomina a Madrid, muere un día de abril de 1616 Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle que lleva su nombre. Entierro con poca concu-

rrencia porque a Cervantes le tocó su hora cuando todavía no era famoso. Su "Don Quijote de la Mancha" no había pasado las fronteras de la universalidad y los estudiosos no le habían buscado interpretaciones y varios pies al "gato".

No todo han de ser conventos en los reinados de los Felipes. En 1617 inaugura la plaza Mayor, obra del alarife Antonio Sillero y de Juan Gómez de Mora. La Casa de la Panadería sería la "piexa" cumbre de esta plaza, que pese a las reformas y al paso del tiempo aún no ha perdido ni un ápice de su belleza.

San Isidro Labrador es beatificado el 15 de mayo de 1620. Y el 31 de marzo de 1621 "dobla la servilleta" Felipe III. La muerte del Rey le cuesta al Concejo de la Villa 36.000 reales en honras fúnebres. Y el 2 de mayo es coronado, entre el jolgorio popular —¡días antes duelo también popular!— Felipe IV. Que también sumará a su cuenta una buena parte de los conventos madrileños: Comendadoras de Calatrava, carmelitas de Maravillas, dominicos del Rosario, de los Afligidos; carmelitas las Baronesas; San Felipe de Neri; comendadoras de Góngora. ¡Jo, qué nivel! Y eso que cuentan que no era tan pío como su padre y que cuando veía a una rapaza se le alegraba el ojo.

DIVERTIDO FELIPE IV. Divertido como unas castañuelas en pleno "crotaleo". Se divirtió de lo lindo y cuentan que enseñó a divertirse a su amado pueblo: el de Madrid. Relatan también los eruditos contadores que el dicho de **encender una vela a Dios y otra al diablo** se debió a que el Rey era pío por una parte y festivalero por otra. El día de San Blas ya se echaba el pueblo de Madrid a la calle para divertirse. Y como el Rey le garantizaba distracciones múltiples, hasta bien entrado el mes de enero del año siguiente no se tomaba descanso en tales jolgorios.

Si a la ermita de San Blas
vas a coger la verbena,
pedirás que la garganta
el Santo me ponga buena.

Pronto perdería su preponderancia el milagrero San Blas, porque en 1605 fundóse la ermita del Angel (hoy conserva ese nombre una puerta de la Casa de Campo) y los romeros prefirieron el Manzanares y sus riberas para divertirse. Quevedo, fustigador de aquella sociedad gastosa, ironizaba en versos:

Las gargantas de San Blas,
con almuerzos y meriendas,
son garrotillo del pobre,
que las paga y nos prueba..

Pero lo que realmente resultaba divertido eran las Carnestolendas. Fiestas cortesanas y populares en los Carnavales madrilos.

Calderón es cronista de las sencillas máscaras de entonces:

Mira: un capote, un sombrero,
un hacha, una mascarilla,
mezclándote a la cuadrilla
de cualquier disfraz primero...

Las mascaradas se celebran en los salones del Buen Retiro. Intervienen las **mojigangas** (proviene el nombre de rudimentarias compañías de cómicos).

No alcanzan las fiestas solamente al Madrid de Felipe IV, sino que se extienden a ciudades como Valencia, que disfruta de magníficos Carnavales, parecidos a los italianos. El muy sobrio Lope de Vega y Carpio fue el alma de una de estas mascaradas, vestido con un disfraz rojo, en 1599 y en las fiestas de la boda de Felipe III.

CARNAVAL MOVIDO... era el que se celebraba entonces. Madame D'Aulnoy, en su relación del viaje que hizo por España, describe así los festejos:

Casi no hay persona alguna que en esta época no lleve un centenar de huevos rellenos con agua de Córdoba o de azahar, y, al pasar en carrozas, se los tiran a la cara. En este tiempo, el pueblo tiene también sus recreos de moda; por ejemplo, se rompe una garrafa, se ata su cubierta de mimbre, con los cascos dentro, a la cola de un gato, y algunas veces corren detrás más de dos mil personas.



He aquí lo que queda de los carnavales: Serafín Villén, anticuario, restaurador, pintor, celebra con sus amigos «el entierro de la sardina».

Calderón canta las costumbres del Carnaval y hace decir a su "Vejete":

No hay quien no tema en las Carnestolendas.
El capón teme muerte supitaña;
el gallo, ser corrido en la campaña;
el perro, de la maza el desconcierto;

la dama, de que el perro sea muerto;
las estopas, de verse chamuscadas;
las vejigas, de estar aporreadas;
la sartén, si su tizne alguno pringa;
el agua, que la sorba la jeringa;
el salvado, de andar siempre pisado,
siendo a un tiempo salvado y condenado.
Cercan a nuestras ganas estos días
ejércitos de mil pastelerías,
y tal hambre en el cerco padecemos,
que hasta las herraduras nos comemos.

El fin de las Carnestolendas estaba marcado por el "Caballero Carnaval", en cuyo auto contraían matrimonio "Don Carnaval" con "Doña Cuaresma". El primero moría del susto al contemplar la fealdad de la segunda. Las mujeres de baja estofa apedreaban a los hombres con grasas y otros objetos sucios. Así se dice en el "Cancionero de los nocturnos":

... las fregonas
mojan primero las caras,
y después las echan polvos
para el dios de los modorros.
Algunas tiran naranjas
llenas de enxundria y de mosto,
que de sus pringadas manos,
salen derramando chochos.

En todo este ir y venir, cachondeo diverso. es personaje que sabe del arte amatorio y diversorio el conde de Villamediana, que osó pelear con una leyenda: **"Son mis amores reales".** Villamediana alancea toros, participa en fiestas de toros y de cañas. Se canoniza el año de su muerte, 1622, a Isidro labrador. Así lo ordena Gregorio XV. Y un domingo, 21 de agosto, cerca de la medianoche, es asesinado Villamediana. Regresaba a su palacio de la calle Mayor. Y fue muerto, a estoque, por un enmascarado. Bellido fue el nombre

que pusieron a su matador, que jamás sería localizado. Al impulso secreto de matar a Villamediana se le llamó **soberano.** Significativo.

En marzo de 1623 llegaron el Príncipe de Gales, Carlos Estuardo (sería decapitado cuando era Carlos I), y lord Buckingham. El Príncipe deseaba matrimonio con doña María, hermana de Felipe IV. No se casaron, pero se divirtieron de lo lindo, teniendo como "cicerone", de los festejos al monarca español. También durante el reinado del monarca alegre se inauguraron los Jardines del Buen Retiro. Muere, el 27 de agosto de 1635, Lope de Vega. Y desde su casa mortuoria, en la calle de los Francos, hasta el templo de San Sebastián —en donde fue enterrado— acudió el "todo Madrid". Luego se perderían sus huesos, al igual que los de Cervantes, los de Velázquez, la cabeza de Goya. Felipe IV engrandeció, en monumentalidad, a Madrid con edificios como el que es hoy Ministerio de Asuntos Exteriores, la Casa Consistorial de la calle Mayor. Una hemiplejía concluyó con la alegre vida de Felipe IV el 17 de septiembre de 1966. Pero ¡que le quiten lo bailado a la criaturita!

Felipe IV era un "maromo" de "aquí te espero". Se calculan en cerca de una treintena sus hijos, la mayor parte de los cuales eran adulterinos. Y el último fue Carlos II. Su madre, doña Mariana de Austria, segunda esposa del Rey, sosaina y bobalicona, confesó que aquel hijo era fruto de la última vez que había "quilado" con su marido. Carlos II pasaría a la Historia, sin hacer Historia, con el nombre de Carlos el Hechizado.

FELIPE V DE BORBON entró en Madrid el 18 de febrero de 1701. Y un año después llegó, aparatosamente, la Reina María Luisa de Saboya. Felipe V tuvo que luchar contra el pretendiente, Archiduque Carlos de Austria. 4 de junio de 1706: por la Puerta de Fuencarral inician el abandono de España los Borbones. Y por la Puerta de Alcalá entraba Carlos III. Que pronto desaparece-